

de esta figura inspira otras semejantes, guiadas por los mismos principios. Aparecen así los tebeos *El Jinete Fantasma* (edición Grafidea, 1947), de Ambrós y Amorós; *El Puma* (edición Marco, 1952), de Martínez y Artés; *Sebastián Vargas* (edición Maga, 1954), de Ortiz y Quesada; *Carlos de Alcántara* (edición Maga, 1955), de Ortiz; y *Don Z* (edición Maga, 1959), de Serchio y Amorós.

Años más tarde, el *western* latino será retomado por un dibujante excepcional, Hernández Palacios, que con *Manos Kelly* (revista *Trinca*, 1970) rastreará la huella hispana en California. Ahora bien, su héroe, un tipo nómada de madre española, no es sino la respuesta inteligente al Oeste maniqueo que tanto éxito lograba en el celuloide ítalo-español del momento.

Las Américas negras

A continuación trataremos de analizar someramente una serie de historietas que son expresión de las imágenes del mundo afroamericano mejor divulgadas en ese medio. En principio, queda planteada una división de estas figuras de lo imaginario: unas recordarán el pintoresquismo de las haciendas esclavistas, con tipos dóciles y sonrientes, flojos, infantiles, de mirar desorbitado y rasgos de caricatura. Las otras, simplemente dignas, con pretensiones de realismo, no serán atendidas por el cómic español hasta fines de los 60. Como podrá verse, los patrones del tebeo no eluden las convenciones racistas. El negro del *technicolor* sureño, encarnado por la vocinglera Hattie MacDaniel de *Lo que el viento se llevó* (*Gone with the wind*, 1939), encuentra su reflejo hispánico en personajes caribeños, fiel traducción de los mismos prejuicios. Tal es el caso de Candelaria, la oronda criada cubana de la historieta *Piquitos la revoltosa* (revista *Maravillas*, 1939), de Cañada, protagonizada por una chiquilla que le hacía la vida insufrible. Candelaria era toda labios y ojos, como correspondía al modelo tipificado en la época; gritona, llorosa, usaba lo que entendemos como parodia del habla caribeña. Por lo demás, esta sirvienta no era muy distinta de Currinche, el botones creado años atrás por el dibujante K-Hito (revista *Pinocho*, 1926). Se titulaba la plancha *De cómo pasan el rato Currinche y D. Turulato*, y sus situaciones más ocurrentes surgían del contraste entre el tal Don Turulato, un simpático y bigotudo caballero español, y el muchachito negro, muy vivo pero totalmente analfabeto, incapaz de desenvolverse por sí solo.

A partir de los años 60, buscan los creadores nueva inspiración en las anécdotas de los rebeldes cimarrones, un asunto que renueva la imagen de

los negros americanos en el cómic español, con personajes como Pancho el Oso, uno de los piratas de *El Terremoto Marino* (edición Maga, 1963). Víctor Mora, inventor de *El Capitán Trueno*, tiene un muy interesante acercamiento al cimarronaje en varios guiones de *El Corsario de Hierro* (edición Bruguera, 1970), cuya realización gráfica corre a cargo de Ambrós. Muy semejante en su caracterización física y psicológica a Trueno –sus aventuras aún gozan en los 70 del favor popular–, este corsario recorre los mares del siglo XVIII con ímpetus de justador medieval. En la historieta titulada *El desquite de Zarango*, acude en ayuda de los rebeldes de Cayo Calaveras, imaginaria isla antillana gobernada con mano de hierro por Van Trotten. Este dictador holandés caerá gracias al empeño de Zarango, un cimarrón que, una vez llegado al poder, aceptará la convivencia con los lugareños blancos, convirtiendo la colonia en una república libre y multiétnica. Mora ha evitado el viejo cliché, pero se ha acercado a otro, alejado del racismo, aunque no menos imaginario. Quizás el público juvenil no hubiera admitido expresiones de intolerancia en Zarango. Desde luego, el filme que parece servir de pauta al guionista, *Queimada* (1969), de Gillo Pontecorvo, no se cerraba con un *happy end* como éste.

Conviene resaltar, no obstante, que la fascinación del lector de comics parece dirigirse hacia pervivencias africanas que nada tienen que ver con el anticolonialismo. Revisemos un ejemplo relativamente reciente. Con guión de Antonio Segura y dibujos de Ana Miralles, *Eva Medusa: Yo, el amor* (revista *Viñetas*, 1993) recoge todo el embrujo de las sociedades secretas y los rituales mágicos de la comunidad negra. Aunque ambientada en Río de Janeiro, hacia el año 1923, su hilo conductor es el *vodú* haitiano, de forma que apenas iniciada la historieta, aparece ya una víctima del *coup poudre* o sortilegio de zombificación. Más adelante, rompiendo el melodrama de fondo, queda escenificado en viñetas un ritual femenino, dirigido, como es de rigor, por una *mambo* poderosa y siniestra. Si, en fin, volvemos página, hallaremos más y más imágenes que reflejan cada faceta de estas creencias. Queda de manifiesto que, al margen de las cualidades narrativas de esta obra –notorias, por cierto–, parte del deleite en su lectura proviene de ese recorrido por ceremoniales nocturnos, floración de una identidad primordial que, según recalcan los *mass-media*, siempre está ligada a la negritud. El *vodú* así representado confirma muchos prejuicios. En el Otro se descubre barbarie, pero también una sensualidad colorista y mágica que atrae vigorosamente. Claro está, no existen mejores ingredientes para un cómic, de modo que tampoco ha de extrañar que tebeos como *Jangada* (revista *Cimoc*, 8, 1981), de Manfred Sommer, quieran evocar esas cuestiones agotando casi el tópico.

Imágenes románticas de la guerrilla

En 1987 la editora Ikusager publica *Che*, un cómic biográfico sobre Ernesto Guevara cuyo primer tiraje había tenido lugar en la Argentina hacia 1968, aunque con tales dificultades de distribución internacional que en España es desconocido incluso para el lector más curioso. Escrita por Héctor Germán Oesterheld e ilustrada por Alberto y Enrique Breccia, la obra sobrepasa lo anecdótico para convertirse en una reflexión nada superficial sobre el personaje, cuya vida hallamos expuesta en cada episodio con una singular capacidad de síntesis, aunque el trato se aparte de alguna contradicción hoy estudiada por los biógrafos con mayores aclaraciones. Por motivos obvios, el compromiso político del guionista debe ser mejor entendido en el contexto de la fecha. En ese sentido, no debe olvidarse el trágico fin de Oesterheld, tras su rapto en La Plata y su aislamiento en Campo de Mayo. Ocurre en el año 1977 y, por esa fecha, bastantes españoles se acercan a lo iberoamericano para testimoniar sus pasiones políticas en tiempo de adioses a otra dictadura, la franquista. Canciones-protesta, simpatías por el guerrillerismo foquista y una fotografía del Che, aquella captada por Alberto Korda el 5 de marzo de 1960, que es fotocopiada e impresa sin tregua en los soportes más insospechados. Así aparecen en la década de los 70 y primeros 80 tebeos sobre Guevara más bien panfletarios, algún que otro cuadernillo semiprofesional, con más apasionamiento que rigor –pobre impresión, mala calidad de papel– y la ausencia de firma justificando el desaliño del proyecto. También llegan cómics de otros autores latinoamericanos, como el *AbChe* (edición Grijalbo, 1979) de Eduardo del Río, «Rius», de quien luego se distribuirá *Las dictaduras* (edición Nueva Imagen, 1982).

En general, son tebeos que rozan la hagiografía. Caso distinto es el de *El hombre que mató a Ernesto «Che» Guevara* (revista *Totem el comix*, 1, 1987), firmado por el italiano Magnus, quien ofrece una visión tenebrista, arriesgada en lo estético, que busca interpretar la vigencia política del personaje, más allá del guevarismo romántico y del detalle aventurero.

Ciñéndonos a la imagen más extendida del movimiento guerrillero en el cómic español, cabe afirmar que idealismo y fatalidad son sus habituales ingredientes. La selva viene a ser su patria y también el escenario de su aniquilación, al menos si establecemos un promedio estadístico de los guiones escritos sobre el tema. Sumando notas periodísticas a la fantasía se dibuja la efigie guerrillera, caricatura muchas veces del barbudo, que es la expresión uniformada de la revolución. En más de un caso, esta tipificación bordea lo grotesco o cae en ello, como demuestra el tebeo de Esparbé *Los*